

nudas individuaciones, que serán á proposito para una vida, mas no para un elogio, no inutiles lecciones de moral y de política, no largos pasages de violentas sentencias y de importuna filosofia; sino que se requieren hechos distintos y característicos, que presenten el verdadero retrato del héroe que se alaba, animados talqual vez con sobriedad de alguna reflexión oportuna, nacida espontaneamente del curso de la oracion: y para hacer apreciar justamente tales hechos no es menester el aparato de quadros historicos y filosóficos, y las inutiles digresiones, que están tan en uso en los elogios, sino solo aquello que baste para mostrarlos en su verdadero semblante, y presentarlos en toda su heroycidad. En los elogios solo se busca conocer bien, y estimar justamente los grandes sugetos dignos de ser conocidos y estimados; y para esto ciertamente contribuirá mucho un estilo animado sin enfasis, sublime sin hinchazon, y adornado sin puerilidad. Pero baste ya de elogios, y demos fin á este libro de

la eloquencia examinando los progresos de la sagrada, que al presente es acaso la que mas nos interesa en esta parte de la literatura.

## CAPITULO VII.

## Eloquencia sagrada.

**L**a Religion christiana hizo nacer una nueva especie de eloquencia, de la qual no se tenía aún idea alguna. Los oradores christianos, abandonando los negocios temporales, y dedicandose á los espirituales y eternos, elevaron á mucho mas alto honor el arte oratoria. Los Apostoles apenas recibieron el divino don del Espiritu Santo, quando corrieron á predicar por todas partes la religion christiana, y llevando en sus lenguas todo el fuego del Cielo, introduxeron una eloquencia mas vigorosa, toda celestial y divina. La destruccion de los idolos, la sangre de los martyres, el rapido progreso del christianismo, todo el mundo pos-

Eloquencia de los Apostoles.

trado á los pies de un Crucifixo; son los frutos de esta sagrada y nueva eloqüencia; pero la eloqüencia de los Apostoles siendo toda divina, debe considerarse de un orden del todo superior, y no entra en la clase de la eloqüencia sagrada, que ahora nos proponemos examinar; bien que San Pablo tiene ciertos rasgos eloqüentes y fuertes, que aún en lo humano podrán hacerlo considerár como verdadero orador, y en efecto hicieron que el crítico Longino lo contase (a) entre los hombres más eloqüentes de la Grecia, y los habitantes de Listris lo mirasen como un Mercurio, ó como un dios de la eloqüencia. Tampoco pondremos en la clase de la oratoria sagrada á la eloqüencia sencilla é ingenia de los Padres apostólicos; y descendiendo al segundo siglo de la Iglesia, tomaremos el principio de la eloqüencia sagrada del filósofo San Justino martyr, el qual, aunque no buscasse en los escritos los adornos retóricos, sin embargo

(a) In *Fragm.* ex cod. Var.

adoptó una oracion varonil y robusta, que segun el testimonio de Focio respiraba un estilo científico; y del eruditísimo Clemente Alexandrino, quien dió á sus escritos mas vasta y mas selecta erudición, y una dición mas culta, elegante y florida. Al mismo tiempo se introducia en la Iglesia latina la eloqüencia sagrada, singularmente por medio de Tertuliano. Este docto africano, aunque lleno de conceptos y de antitesis, duro, afectado y obscuro, mostró con la fecundidad de los pensamientos, con la exáctitud de las razones, y con la fuerza de las expresiones una energética y viva eloqüencia: y singularmente su apologetico es alabado por el mismo Malebranche (a), que sin embargo por exemplo de autor fantastico pone en primer lugar á Tertuliano. No tan fuerte y ardiente, pero mas elegante, erudito y ameno fue Minucio Feliz; y San Cipriano, aunque tambien de Africa, y algunos años posterior á Tertu-

Santos Padres.

(a) *De la Rech.* etc. lib. II, c. III.

tuliano, hizo sentir en sus escritos hartomas gusto romano, y se alejó menos de la pureza latina de los felices tiempos. Al mismo tiempo que Cipriano, florecía en la Grecia aquel portento de doctrina y de erudicion, el célebre Origenes, quien en todas sus obras, y singularmente en los libros contra Celso, manifestó vastedad de conocimientos y copia de doctrina; pero usó de un estilo, aunque fácil y claro, difuso y redundante, que enerva y debilita su eloquencia. Pero el siglo de oro de la eloquencia christiana ha sido el siglo cuarto. Abre

Siglo de oro de la eloquencia sagrada.

el siglo Arnobio, escritor latino el mas elegante y eloquente que se habia oido por mucho tiempo; pero este ha sido muy superado de su discipulo Lactancio, quien con razon es llamado por San Gerónimo de tuliana eloquencia: y ciertamente aquella copia, aquella fluidez y aquella tersura, no se encuentra despues de Ciceron en otro escritor latino como en Lactancio. Pero tanto Lactancio, como Arnobio, aunque traten materias de religion, pueden considerarse mas como escritores  
fi-

filosóficos, que como christianos; y su eloquencia, si bien tiene muchas prendas didascalicas, tal vez podrá decirse falta de aquella devota uncion que forma principalmente el caracter de la sagrada. En los griegos de aquel siglo se vió aquella <sup>Santos Padres griegos.</sup> fancia, que elevandose sobre las ideas comunes y humanas, y llena de imagenes y de expresiones christianas, inspira en los ánimos sentimientos de piedad y devocion, excita afectos no conocidos de los antiguos oradores, y es una eloquencia verdaderamente christiana y nueva. ¿Con que claridad y elegancia, y al mismo tiempo solidez y firmeza no habla San Atanasio, tanto contra los gentiles, como contra los hereges, para defender su doctrina y sus hechos, y probar y demostrar los dogmas catolicos? ¿No respira San Basilio la suavidad y elegancia de Isócrates? Focio alaba la pureza, propiedad y expresion de su diction, y al mismo tiempo la fuerza y dulzura de la persuasion; y los mismos sofistas sus coetaneos, aquellos soberbios y orgullosos charlatanes,

nes, que á todos se creian superiores, cedían en la eloqüencia al gran Basilio. Tambien su hermano San Gregorio Niseno merece distinguido nombre en la eloqüencia sagrada, porque ademas de muchas prendas de estilo, tiene el merito de haber dado principio á las oraciones fánebres, que despues han constituido una gran parte de dicha eloqüencia. Amigo de estos hermanos, y singularmente de San Basilio fue San Gregorio Nazianzeno, quien en su grave y poética facundia respira por todas partes grandeza, sublimidad y magestad. Pero el Platon, el Demostenes y el Ciceron de la sagrada eloqüencia es en mi concepto el gran Chrysostomo. El abate Auger en el discurso preliminar á su traduccion de las obras de Isócrates, hablando de los Santos Padres, compara á San Basilio con Isócrates, y á San Gregorio Nazianzeno con Demostenes; pero leyendo, dice, á San Juan Chrysostomo se cree leer á los mas famosos escritores de Atenas, e ujos diversos estilos ha refundido en sus escri-

critos para formar una manera unica y portentosa. ¡Que elevacion en los pensamientos! que riqueza en la elocucion! que copia de figuras y de imagenes! que fuerza, y á veces que rapidez en el estilo! que sencillez y pureza en las expresiones! El es verdaderamente el Homero de los oradores. “A este juicio de Auger no puedo yo dexar de adherir, ni sé añadir otra cosa sino remitir á las obras del mismo Chrysostomo: alli se encontrará por todas partes gran copia de vivas y energicas expresiones, de imagenes claras y visibles, de justas y oportunas comparaciones, de sólidos y sublimes pensamientos, gran fuerza de convencimiento y persuasion, todo el arte de mover los afectos, y en suma aquella aurea é inefable eloqüencia, que con toda justicia le adquirió el glorioso nombre de *Boca de oro*. ¿Que abundancia de sublimes y justas sentencias no nos presenta este facundo orador, solo para decirnos que nadie recibe daño sino de sí mismo? Si se propone manifestar porque Dios permite que los

*Tom. V.* Fff jus-

justos sean afligidos en esta vida, sabe encontrar muchas razones en la sagrada Escritura, y en el fondo de su ingenio. ¿En quantos aspectos diversos, to dos nobles y grandes, no sabe presentar aquellas palabras de San Pablo *sufficit tibi gratia mea, nam virtus in infirmitate perficitur*? No hay asunto por pequeño que sea, que no lo engrandezca su pluma, ni materia tan restricta, que no reciba noble extension de su eloqüencia. Al mismo tiempo triunfaba entre los padres latinos la eloqüencia sagrada. Rodano de eloqüencia llama San Gerónimo á San Hilario, por mas que su locucion no sea muy suave y correcta. Para alabar la facundia de San Ambrosio basta decir que ella fue el suave lazo, que ató dulcemente á la religion catolica el obstinado ánimo de San Agustin. Una cierta pompa y gravedad dá peso y solidez á su oracion, y oculta algunas antitesis y algunas sutilezas en que á veces le hizo caer el gusto de aquellos tiempos. Mayor ímpetu y fuerza se siente en los escritos de San Gerónimo. La variedad

Santos Padres latinos.

y el peso de las sentencias, el fuego y calor de las expresiones, la precision y exactitud de la diction, y una culta latinidad, aunque inferior á la de Lactancio y de Arnobio, no menos superior al gusto de su edad, nos presentan en San Gerónimo un amante y sequaz de Ciceron, é imitador, si no de la elegancia de su estilo, de la fuerza de su eloqüencia. De otra indole, y de muy diferente gusto es la eloqüencia de San Agustin: su tierno y dulce corazon se transfunde en sus escritos; y con un estilo sencillo é inculto, sin los esfuerzos y la vehemencia de una estudiada facundia, mueve los afectos, y produce los efectos de una penetrante y poderosa eloqüencia. Su vivaz imaginacion se manifiesta á veces con sobrada frecuencia en conceptos, en antitesis y en juegos de vocablos; pero todo se perdona facilmente á un escritor que nos muestra un alma tan bella y amable, un ingenio tan noble y elevado, y tan facil y sencillo en su misma sutileza y sublimidad. Si en tiempo de los Atanasios, de

los Gregorios, de los Chrysostomos, de los Arnobios, de los Lactancios, de los Ambrosios, de los Gerónimos, de los Agustinos y de otros Padres griegos y latinos, tuvo su siglo de oro la eloquencia sagrada; tambien despues de aquel tiempo empezó á decaer, tanto entre los griegos, como entre los latinos. Pero sin embargo aún en los siglos subsiguientes se vieron algunos griegos que adquirieron distinguido credito. Sinesio sublime y grandioso era algo poético en su estilo; y San Cirilo estaba lleno de doctrina y de erudicion eclesiastica, aunque era de estilo suelto y falto de trabazon. Mas prendas de verdadera eloquencia tenia Teodoreto, metodo facil, eleccion de palabras puras y significativas, y una elegancia en toda su diction, que no sin fundamento puede llamarse atica. Entre los latinos San Leon Papa con los vicios del estilo de aquellos tiempos es afectado, pero grande, y sabe mostrar una pompa y gravedad oratoria, que suple la culta y elegante facundia. Sidonio Apolinar, Boecio y Casiodoro,

Decaden-  
cia de la elo-  
quencia sa-  
grada.

ro, hombres los mas doctos de su edad, manifiestan en los escritos su doctrina; pero no saben introducir en ellos la cultura y elegancia, que faltaba á los escritores coetaneos, y sus obras son mas filosóficas y profanas que eclesiasticas y sagradas; por lo qual no pueden aumentar el numero de los oradores sagrados. Quanto los escritores mas se alejaban del buen siglo de la latinidad, tanto menos podian encontrar la cultura y elegancia de la lengua romana, que se iba perdiendo mas y mas. Se vé en San Gregorio Magno esta incultura de estilo, que él mismo confiesa haber querido seguir; bien que está acompañada de una cierta gravedad y magestad, que se hace perdonar facilmente. Pero lo que mas campea en los escritos de San Gregorio es aquel ayre de bondad con que habla, y aquella íntima persuasion de lo que dice, de que se vé penetrado, y que comunica tambien al ánimo de los lectores; cuyas dotes valen mucho mas que una hueca y fria elegancia. Florecian al mismo tiempo que San Gre-

Gregorio los tres hermanos españoles Leandro, Fulgencio é Isidoro, y si bien todos tres pasaban entonces por eloqüentes, nosotros ahora apenas podemos hablar mas que de San Isidoro, el qual ciertamente era mas docto de lo que parecia compatible con las circunstancias de aquella edad; pero por lo que mira á la eloqüencia no nos da pruebas de haber hecho en ella grandes progresos. No mucho despues se hizo oír con universal aplauso el ingles Beda, y en él puede decirse extinguida la antigüa eloqüencia sagrada. Alcuino, Teodulfo y otros escritores semejantes forman, por decirlo así, la eloqüencia de los tiempos baxos. San Pedro Damiano, aunque mucho mas moderno, es algo mas elegante, y de un estilo mas sagrado. Pero el facundo y melifluo Bernardo, quien justamente merece entrar en la eclesiastica antigüedad, es muy superior, no solo á su siglo, sino tambien á muchos de los precedentes. En medio de los sutiles y frios escolasticos no participó de su sofisteria y frialdad; antes

tes bien lleno de calor, y de blandura y suavidad mueve los afectos, inflama el corazon de los lectores, y hace sentir las mas laudables prendas de la christiana eloqüencia. No hablaré de las homilias, de las oraciones, de los sermones, ni de los tratados de Ricardo de San Victor, de los Santos Antonio de Padua y Vicente Ferrer, y de otros predicadores y escritores eclesiasticos, porque en estos solo se oye la voz de una sencilla piedad, y no la de una culta eloqüencia. En aquellos siglos no se estudiaba la eloqüencia, sino que solo se amaba y se apreciaba la escolastica; y los mejores ingenios, que ciertamente los habia, se engolfaban en las insípidas questões de las sutilezas filosóficas y teologicas; y acostumbrados á las disputas escolasticas, aún puestos sobre el pulpito no sabian hacer mas que proponer y resolver questões, y transferir á la Iglesia el estilo de las escuelas; y si alguna vez querian parecer adornados y amenos, no hacian mas que jugar con agudezas, con motes baxos y con pueriles

Eloqüencia sagrada en los tiempos baxos.

les y frivolas chanzas. Dante se lamenta lamargamente, y con dolor no menos religioso que poetico, del corrompido gusto de los predicadores de aquella edad (a). El cardenal Federico Borromeo (b) cita algunos de los predicadores de aquel gusto, como son Alberto de Padua, Jayme Losana, Bartolomé de Pisa, Felipe del Monte, Armaçano, Antonio Baloco y otros muchos, entre los quales distingue sin embargo como mejores á Guarrico abad, y á Juan Taulero; y descendiendo despues á tiempos posteriores, presenta un ridículo quadro de las sales y mordacidad de algunos predicadores, y de la vana pompa é indecente afectacion de otros, y nombra entre estos á Leonardo de Udine, á Odon de Paris y á otros muchísimos que omito. Al restablecerse los estudios profanos tomó tambien nuevo semblante la eloqüencia sagrada; y no solo compareció hermoseada con la doctri-

(a) *Paradiso* Cant. XXIX. (b) *De sacr. sui temp. Orat.* lib. I.

trina de la Escritura y de los Santos Padres, sino que quiso igualmente adornarse con la elegancia de la lengua latina. Aurelio Brandolini fue mirado en el siglo decimoquinto, como el único que predicaba con algun gusto de elegancia latina. Lutero para explicar sus errores se valió de su nativa facundia, la qual aunque dura, aspera é inculta estaba sin embargo llena de nervio y de fuerza. Melanton y Calvino adoptaron un estilo mas limado, mas terso y mas dulce. Muchas fueron las oraciones de los escritores catolicos, que con elegante estilo y con fuertes razones combatieron los errores que entónces iban naciendo, y sostuvieron valerosamente la antigüa religion. En el concilio de Trento se recitaron algunas, que no solo manifestaban gran fondo de teología, sino que tambien se acercaban en el lenguaje al gusto romano. Pero las mas excelentes piezas de eloqüencia latina en esta materia son sin contradiccion alguna las oraciones que Perpiña recitó en Leon y en Paris, para conservar la antigüa religion,



*pro veteri religione retinenda.* Este moderno Ciceron, que en varias materias habia hecho oír su sonora voz, y en todas habia hablado con elegancia romana, al tratar despues los importantes negocios de la religion, se valió de todo el fervor de orador christiano, é hizo sentir la magestad de la eloqüencia sagrada con todo el nervio y con toda la gracia de la facundia tuliana. De este modo la eloqüencia sagrada, no solo vestía las armas de la Escritura y de los Santos Padres, sino que tambien se adornaba con las gracias de la latina elegancia. Los sermones latinos de Granada, de Belarmino y de otros doctos oradores, pueden igualmente servirnos de prueba de la sagrada eloqüencia de aquellos tiempos en las oraciones morales y en las panegiricas, mas sencillas y menos limadas en la pureza y elegancia del language, pero solidas y devotas.

Eloqüencia sagrada en las lenguas vulgares.

Habia ya mucho tiempo que se empezaba á hacer uso de la lengua vulgar hasta en los sagrados pulpitos. Luego que comenzó á ser extraña y muerta la lengua la-

tina, mandaron algunos concilios, que las oraciones, recitadas por el obispo en latin, fuesen expuestas por algun eclesiastico á la inteligencia del pueblo en lengua vulgar; pero despues los sermones mismos se recitaban tambien en esta lengua. Los primeros que en mi concepto se han hecho leer de la posteridad, y se han conservado y transmitido hasta nuestros dias por medio de la stampa, son los italianos de Fr. Jordan de Ribalta, recitados en los primeros años del siglo decimoquarto. Y aunque comunmente en las funciones solemnes, y en las mas nobles publicidades se continuase en hacer uso del language latino, sin embargo muchos en las aldeas, en las plazas, y en los sermones mas populares y de menos formalidad se valian del vulgar como mas oportuno para la comun inteligencia. Grande estrepito causó con sus sermones hácia fines del siglo decimoquinto el célebre Savonarola, á quien un fogoso ímpetu de invectiva, que siempre suele agradar al pueblo, y una cierta energía y ardor